

500 y más años anclados - PRODH

Los 500 años y más, parece que se anclaron en el pasado que ojalá no vuelva.

Zumbahua es el escenario. Duras montañas de altura, vientos helados, espesos pajonales y ondulantes colinas, verdes valles y torrentosos ríos. Los indios esperaron más de cinco siglos para que cambie la espiral del tiempo. Pasaron 500 años y más para que los hijos de los abuelos y las hijas de las abuelas sientan que tienen derecho a una escuela de tecnología avanzada y no sólo a criar borregos o salir a la gran ciudad para convertirse en albañiles, cargadores, sirvientas o mendigos.

Huasipungo y servidumbre, hambre y humillación, fueron el pan diario de los indios durante 500 y más años, tutelados por los implacables doctrineros de la cruz y la espada, misioneros-terratenedores de inmensas haciendas y de todos sus alrededores. Las hijas quinceañeras, inevitablemente, debían perder su virginidad en la cama del cura, del “tayta amito” o patrón.

Los indios de Zumbahua se cobijaron en la resistencia de más de 500 años. Les costó millones de vidas y muertes de una generación a otra. Muchos se perdieron en el alcoholismo inducido y compulsivo para congelar el tiempo y la tristeza. Pero los pueblos arrinconados en el páramo, siempre esperaron el nuevo tiempo, el “pachakutik”.

Son pueblos herederos de sangre oprimida y palabra silenciada, esclavizados en los batanes, telares, casas de hacienda y en interminables jornadas de labranza a cambio de “chukchir”, es decir, de recoger las sobras de la cosecha. Sobrevivieron obligados a un bilingüismo doloroso. En las haciendas y en la misa dominical, con el párroco y el capataz, el español era el único idioma. La lengua de los ancestros fue condenada a la postergación. El colonizador quería matarla.

El Quilotoa, como el Imbabura, el Cayambe y el Chimborazo, son testigos milenarios de las alpargatas rotas, de las botas de caucho y de los rojos ponchos raídos que cruzaron, del huasipungo a la hacienda, de la cuna al cementerio, chaquiñanes llenos de polvo, piedra, lodo, sol inclemente o aguacero.

Las cobrizas caras impregnadas de sudor y arena de páramo perciben que la resistencia tiene un horizonte: los hijos e hijas de las abuelas y abuelos, comenzaron el año escolar escribiendo en pantallas digitales, en pupitres de colores y en comunión con el planeta. En una escuela digna, sencillamente, mínimamente digna.

Los derechos de los indios no comienzan ni terminan en una escuela de alta tecnología. El acceso a la informática y las nuevas instalaciones son una señal, una minúscula señal del “pachakutik” posible, de que hay un modo alternativo de vivir en el páramo a más de cuatro mil metros de altura, luego de 500 y más años de postergación.

El hijo del hacendado de ayer, ahora convertido en banquero, industrial, mercader, contrabandista, chulquero, exportador y politiquero, tiene que resignarse ante la mala noticia: No murió el indio, no se extinguió su lengua, no se esfumó su cultura. Su dura y larga resistencia grita a los cuatro vientos que los pueblos indios aún esperan y luchan por sus derechos.
¡Ñukanchika kaipimi kanchik, jatarishkami kanchik, kausashkanchik. Shuyakunchik!